

—Sólo usted sabe recibir en este país de lobos —cuchicheaba la linda señora de Condamin.

—La esperamos a comer mañana—decía el señor Delangre.—Pero como de casa; nosotros no hacemos cumplidos como usted.

Marta tuvo que atravesar aquella ovación para poder acercarse a su madre. La besó, e iba a retirarse, cuando Felicidad la retuvo, buscando a alguien con la vista a su alrededor. Después, habiendo visto al Padre Faujas:

—Señor cura—le dijo riendo,—¿es usted galante?

El cura se inclinó.

—Entonces, tenga usted la bondad de acompañar a mi hija, ya que vive usted en su misma casa; no le molestará a usted, y hay un extremo de callejuela negra que no es muy tranquilizador que digamos.

Marta, con su apacible aspecto, aseguraba que no era una niña, que no tenía miedo; pero como su madre insistiese, diciendo que estaría más tranquila, aceptó la compañía del cura. Y al irse éste con ella, Felicidad, que les había acompañado hasta el rellano, le repitió al oído con una sonrisa:

—Recuerde usted lo que le he dicho... Procure usted agradar a las mujeres, si quiere que Plassans sea suyo.

VII

Aquella misma noche, Mouret, que no dormía, abrumó a Marta con preguntas, queriendo saber lo sucedido en la velada. Ella respondió que había pasado lo de costumbre, y que nada de extraordinario había observado. Añadió sencillamente que el Padre Faujas la había acompañado, hablando de cosas insignificantes. Mouret se sintió muy contrariado por lo que llamaba la "indolencia" de su mujer.

—Ya podrían asesinarse en casa de tu madre—dijo hundiendo con furia la cabeza en la almohada,—que no serás tú la que me trajeses la noticia.

Al día siguiente, cuando se presentó a comer, gritó a Marta, tan pronto como la vió:

—Ya sabía yo que tienes ojos para no ver nada, hija mía. ¡Ah! ¡Qué bien te conozco en eso! ¡Estás toda la noche en un salón, sin sospechar siquiera lo que se dice y hace a tu alrededor! Toda la ciudad habla de ello, ¿lo oyes? No he podido dar un paso sin que me hablara alguien.

—Pero ¿de qué hijo mío?—preguntó Marta asombrada.

—¡Del triunfo del Padre Faujas, caramba! Le pusieron de patitas en la puerta del salón verde.

—Te aseguro que no; no vi nada de eso.

—¡Oh, ya te lo he dicho, tú no ves nada! ¿Sabes lo que ha hecho en Besançon el curita? Estranguló a otro o cometió falsificaciones. No se puede afirmar con exactitud... No importa, parece que le han dado su merecido. Estaba verde. Se ha caído ya.

Marta había bajado la cabeza, dejando a su marido que triunfase con el fracaso del cura. Mouret estaba entusiasmado.

—Sigo con mi primera idea — prosiguió. — Tu madre debe de urdir algo con él. Me han contado que estuvo muy amable. ¿Fué ella, verdad, la que le rogó que te acompañase? ¿Por qué no me lo has dicho?

Ella se encogió suavemente de hombros, sin responder.

—¡La verdad que eres asombrosa! — exclamó. — Todos esos detalles tienen gran importancia... También me ha dicho madame Paloque, a quien acabo de encontrar, que se quedó con algunas señoras para ver cómo salía el cura. Tu madre se sirvió de ti para proteger su retirada, ¿no lo comprendes?... Vamos, procura recordar... ¿Qué te dijo al acompañarte hasta aquí?

Se había sentado delante de su mujer, y la tenía bajo la aguda interrogación de sus ojillos.

—Hombre — respondió Marta pacientemente, — me dijo cosas sin importancia, como puede decir las todo el mundo... Habló del frío, que era muy vivo, de la tranquilidad de la ciudad durante la noche, y después, creo que de la agradable velada que acababa de pasar.

—¡Ah, Tartufo!... ¿Y no te preguntó acerca de tu madre, de las personas que recibe?

—No; además, el camino no es largo; desde la calle de la Banne hasta aquí no echamos ni tres

minutos. Andaba a mi lado, sin darme el brazo, y con zancadas tan grandes que casi me obligaba a correr... No sé por qué les da por encarnizarse de ese modo con él. No parece ser dichoso. El pobre tiritaba bajo su sotana vieja.

Mouret no era malo.

—Eso es verdad — dijo entre dientes. — No debe de tener calor desde que hiela.

—Además — continuó Marta, — nosotros no podemos quejarnos de él; paga puntualmente, no arma ruido... ¿Dónde encontrarías mejor inquilino?

—En ninguna parte, ya lo sé... Lo que te he dicho sólo ha sido para hacerte ver la poca atención que prestas cuando vas a alguna parte. Por lo demás, demasiado conozco a la pandilla que recibe tu madre, para hacer caso de lo que sale del famoso salón verde. Siempre chismes, embustes, cuentos de las mil y una noches. Ni el padre ha estrangulado a nadie, ni probablemente ha hecho tampoco bancarota... Ya se lo he dicho a madame Palomeque... “Antes de ver la paja en el ojo ajeno, hay que mirar la viga en el propio”... Y si se ha dado por aludida, peor para ella.

Mouret mentía; no había dicho tal cosa a madame Palomeque. Pero la dulzura de Marta le avergonzaba un tanto de la alegría que acababa de demostrar por las desgracias del cura. En los días siguientes, se puso resueltamente al lado del Padre Faujas. Habiendo encontrado a varios personajes a quienes detestaba, el señor de Bourdeu, el señor Delangre, el doctor Pourquoi, les hizo un magnífico elogio del Padre Faujas, por llevarles la contraria y por asombrarles. Al oírle a él, el cura era un hombre notabilísimo, de gran valor, de gran sencillez en su pobreza. Preciso

era que hubiera gentes muy malas. Y deslizaba alusiones a las personas que recibían los Rougon, un hatajo de hipócritas, de chismosos, de vanidosos majaderos, que tenían el esplendor de la verdadera virtud. Al cabo de algún tiempo, había hecho absolutamente suya la causa del cura, y se servía de él para aplastar a la pandilla del señor Rastoil y la pandilla de la subprefectura.

—¿No daba rabia esto?—decía a veces a su mujer, olvidando que Marta había oído otro lenguaje en sus labios.—¡Ver a gentes que han robado su fortuna quién sabe dónde, encarnizarse así con un pobre hombre que ni siquiera tiene veinte francos para comprar una carretada de leña! ¿Tú ves? Esas cosas me sublevan. Yo, ¡qué diablo! puedo salir por fiador suyo. Yo sé lo que hace, yo sé lo que es, porque en mi casa vive. De modo que no les oculto la verdad, y les trato como se merecen, cuando les encuentro... Y no me limitaré a eso. Quiero que el Padre llegue a ser mi amigo. Quiero pasearle de mi brazo, por la Carrera, para mostrarles que no temo ser visto con él, a pesar de ser honrado y rico como soy... Por primera providencia te recomiendo que estés amable con esa pobre gente.

Marta sonreía discretamente. Le complacía mucho la buena disposición de su marido respecto a sus inquilinos. Rosa recibió orden de mostrarse complaciente. Por la mañana, cuando llovía, podía ofrecerse a hacer los encargos de madame Faujas. Pero ésta rehusó siempre la ayuda de la cocinera. No obstante, no tenía ya la fría tiesura de los primeros tiempos. Una mañana, habiendo encontrado a Marta, que bajaba del granero en que conservaban la fruta, habló un instante con ella, y se humanizó hasta el punto de aceptar dos pe-

ras magníficas. Aquellas dos peras fueron la ocasión de más estrechas relaciones.

El Padre Faujas, por su parte, no se marchaba ya tan de prisa por la escalera. El roce de su sotana en los peldaños advertía a Mouret que, a la sazón, casi cada día se encontraba al pie de la escalera, muy contento, como decía, de andar un poquito con él. Le había dado las gracias por el servicio hecho a su mujer, al mismo tiempo que le preguntaba hábilmente, para saber si volvería a casa de los Rougon. El cura había sonreído; sin turbación, confesaba que no servía para estar en sociedad. Mouret quedó encantado, imaginando que él había influido de algún modo en la determinación de su inquilino. Entonces, meditó arrebatarlo por completo al salón verde, guardarlo para él solo. De modo que la noche en que Marta le contó que madame Faujas había aceptado dos peras, vió una feliz circunstancia que iba a facilitar sus proyectos.

—Pero ¿realmente no encienden fuego, en el segundo, con el frío que hace?—preguntó delante de Rosa.

—¡Caramba, señor!—respondió la cocinera, que comprendió que a ella iba dirigida la pregunta.—Será difícil, porque nunca he visto que traigan nada de leña. A no ser que quemen sus cuatro sillas, o que madame Faujas se traiga leña en el cesto.

—Hace usted mal en reirse, Rosa—dijo Marta.

—Esos desgraciados deben de tiritar en esas grandes habitaciones.

—¡Ya lo creo!—dijo Mouret.—La pasada noche hemos tenido diez grados bajo cero, y hay quien teme por los olivos. Arriba se ha helado el

depósito del agua... Esto es pequeño y se calienta en seguida.

En efecto, el comedor estaba cuidadosamente provisto de burletes, de manera que ni un soplo de aire pasaba por las hendiduras del maderamen. Una gran estufa mantenía un calor de bañera. En invierno los niños leían o jugaban alrededor de la mesa; en tanto que Mouret, esperando la hora de acostarse, obligaba a su mujer a jugar al tute, lo que era un verdadero suplicio para ella. Mucho tiempo se había negado a tocar los naipes, diciendo que no sabía ningún juego; pero su marido le había enseñado el tute, y desde entonces se había resignado.

—¿Sabes?—continuó Mouret.—Hemos de invitar a los Faujas a que vengan a pasar la velada aquí. De ese modo se calentarán por lo menos dos o tres horas. Además, tendremos compañía, y nos aburrirémos menos... Invítalos tú, y no se atreverán a rehusar.

Al día siguiente, Marta se encontró en el portal a madame Faujas, e hizo la invitación. La vieja señora aceptó al punto en nombre de su hijo, sin el menor embarazo.

—Es muy raro que no haya hecho muecas—dijo Mouret.—Creía yo que habríamos tenido que rogarle más. El Padre comienza a comprender que hace mal en vivir como un lobo.

Por la noche, quiso Mouret que quitaran pronto la mesa. Había sacado una botella de vino rancio y comprado un plato de pastelillos. Aunque no era muy liberal, quería demostrar que los Rougon no eran los únicos que sabían hacer las cosas. Los del segundo piso bajaron a eso de las ocho. El Padre Faujas llevaba sotana nueva. Esto sorprendió tanto a Mouret, que sólo pudo balbucear

algunas palabras, en respuesta a los cumplidos del sacerdote.

—Señor cura, realmente el honor es todo nuestro... Vamos, niños, acercad sillas.

Sentáronse alrededor de la mesa. Hacía demasiado calor, porque Mouret había llenado con exceso la estufa, para probar que no le importaba tizón más o menos. El Padre Faujas se mostró muy amable; acarició a Deseada, y preguntó a los dos niños por sus estudios. Marta, que hacía calceta, levantaba a ratos la vista, asombrada por las dulces inflexiones de aquella voz extraña, que no estaba acostumbrada a oír en el pesado sosiego del comedor. Miraba de frente al duro rostro del cura; sus pronunciadas facciones; después, bajaba de nuevo la cabeza, sin tratar de ocultar el interés que le inspiraba aquel hombre tan robusto y tierno, que sabía era muy pobre. Mouret con poca destreza devoraba la sotana nueva con los ojos; y no pudo menos de decir con solapada sonrisa:

—Señor cura, ha hecho usted mal en vestirse para venir aquí. Somos muy a la pata la llana, ya lo sabe usted.

Marta se puso colorada. Pero el cura contó alegremente que aquel mismo día había comprado la sotana. La llevaba aún por dar gusto a su madre, que le creía más hermoso que un rey, con traje nuevo.

—¿Verdad madre?

Madame Faujas hizo un signo afirmativo, sin separar los ojos de su hijo. Se había sentado frente a él, y le miraba extática, bajo la cruda claridad de la lámpara.

Después se habló de muchas cosas. Parecía que el Padre Faujas hubiera perdido su fría tristeza. Estaba grave, pero con gravedad complaciente, lle-

na de bondad. Escuchó a Mouret, le respondió sobre las cosas más insignificantes, pareció interesarse por sus comadrazgos. Mouret había acabado por contarle cómo vivía.

—Pasamos la noche—acabó por decir,—como usted ve; no invitamos a nadie porque siempre se está mejor en familia. Cada noche juego al tute con mi mujer. Es una costumbre añeja, y me costaría dormirme sin ella.

—No queremos incomodar a ustedes—exclamó el Padre Faujas.—Le ruego que no hagan cumplidos por nosotros.

—¡No, no, caramba! No soy maniático. Por una vez no me moriré.

El cura insistió. Al ver que Marta se defendía con más vivacidad que su marido, se volvió a su madre, que permanecía silenciosa, con las manos cruzadas.

—Madre—le dijo;—juegue usted unos tutes con el señor Mouret.

La anciana le miró a los ojos atentamente. Mouret continuaba agitándose, rehusando, declarando que no quería turbar la velada; pero cuando el cura le hubo dicho que su madre jugaba muy bien, flaqueó y dijo:

—¿De veras?... Entonces, si la señora quiere, si no contraría a nadie...

—Vamos, madre, juegue usted una partida—repitió el Padre Faujas con voz más rotunda.

—Sí por cierto—respondió por fin la dama.—Me agradará. Sólo que necesito cambiar de sitio.

—¡Caramba, no es difícil!—dijo Mouret encantado.—Cambiará usted de sitio con su hijo... Señor cura, tenga usted la bondad de pasar al lado de mi mujer; la señora se sentará aquí, a mi lado... Muy bien, ajajá.

El cura, que primero se había sentado frente a Marta, al otro lado de la mesa, se halló de esta suerte a su lado. Hasta quedaron como aislados en una esquina, porque los jugadores acercaron sus sillas para empeñar la lucha. Octavio y Sergio acababan de subir a su cuarto. Deseada, como de costumbre, dormía sobre la mesa. Cuando dieron las diez, Mouret, que había perdido la primera partida, no quiso acostarse de ningún modo; exigió el desquite. Madame Faujas consultó a su hijo con la mirada; después se puso a barajar con tranquilidad. Entre tanto, el cura cambiaba apenas unas palabras con Marta. Aquella primera noche habló de cosas indiferentes, de la casa, del precio de los víveres en Plassans, de los desvelos que ocasionan los niños. Marta respondía complaciente, levantando de vez en cuando su clara mirada, y comunicando a la conversación algo de su prudente lentitud.

Eran cerca de las once cuando Mouret tiró los naipes con cierto despecho.

—Bueno, he vuelto a perder—dijo.—Nunca he tenido una buena carta. Mañana tendré quizá mejor suerte. Hasta mañana, ¿verdad señora?

Y como el Padre Faujas se excusara diciendo que no querían abusar, que no podían molestarles así cada noche:

—No nos molestan ustedes—exclamó.—Nos hacen un favor... Además, estoy perdiendo, caramba, y la señora no me puede negar una partida.

Cuando hubieron aceptado y se fueron, Mouret refunfuñó, defendiéndose de haber perdido. Estaba furioso.

—La vieja sabe menos que yo, estoy seguro—dijo a su mujer.—Sólo que tiene unos ojos... Me

parece que hace trampas, palabra de honor. Mañana veremos.

Desde entonces, cada día, con regularidad, los Faujas bajaron a pasar la velada con los Mouret. Se había empeñado una batalla formidable entre la anciana señora y su casero. Ella parecía burlarse de él, y dejarle ganar sólo lo preciso para no desanimarle; lo cual le mantenía lleno de rabia sorda, pues alardeaba de gran jugador de tute. Soñaba con ganarle, durante semanas enteras, sin dejar que se llevara una sola partida. Ella conservaba una sangre fría maravillosa; su pronunciado rostro de aldeana permanecía mudo, y sus gruesas manos tiraban los naipes con fuerza y regularidad de máquina. Desde las ocho se sentaban ambos en su esquina de la mesa, absorbiéndose en el juego sin moverse.

En la otra esquina, a ambos lados de la estufa, el Padre Faujas y Marta estaban como solos. El cura sentía por la mujer un desprecio de hombre y de clérigo; la separaba como un obstáculo vergonzoso, indigno de los fuertes. A su pesar, el desprecio se traslucía con frecuencia en una palabra algo áspera. Y Marta, entonces, asaltada de extraña ansiedad, levantaba los ojos, con uno de esos temores bruscos que hacen mirar hacia atrás para ver si algún enemigo oculto va a levantar el brazo. Otras veces, en medio de una risa, se detenía bruscamente al ver su sotana; se detenía, turbada, asombrada de hablar de aquel modo con un hombre que no era como los demás. La intimidad tardó mucho a establecerse entre ellos.

El Padre Faujas no preguntó nunca a Marta claramente sobre su marido, sus hijos, su casa. Pe- en los menores detalles de su pasado y de su exis- ro no por eso dejó, poco a poco, de ir penetrando

tencia actual. Cada noche, mientras Mouret y ma- dame Faujas se batían desesperadamente, averi- guaba algún dato nuevo. Una vez, observó que ambos esposos se parecían extraordinariamente.

—Sí—respondió Marta sonriendo.—Cuando te- níamos veinte años, nos tomaban por hermano y hermana. Eso es lo que decidí en parte nuestra boda; bromeaban, nos ponían siempre a uno al lado del otro, nos decían que haríamos muy bue- na pareja. El parecido era tan sorprendente, que el digno señor Compan, y eso que nos conocía, titubeaba para casarnos.

—¿Pero son ustedes primos?—preguntó el cura.

—En efecto—dijo ella sonrojándose ligeramen- te.—Mi marido es Macquart y yo soy Rougon.

Se calló un instante, molesta, adivinando que el cura sabía la historia de su familia, célebre en Plassans. Los Macquart eran una rama bastarda de los Rougon.

—Lo más singular—prosiguió Marta para ocul- tar su turbación,—es que los dos nos parecemos a nuestra abuela. La madre de mi marido le ha tras- mitido esa semejanza, al paso que en mí se ha reproducido la distancia. Se diría que ha saltado por encima de mi padre.

Entonces el cura citó un ejemplo semejante en su familia. Tenía una hermana que era, parecía, el vivo retrato del abuelo de su madre. El parecido, en aquel caso, había saltado dos generaciones. Y su hermana recordaba en todo al buen señor por su carácter, sus costumbres, sus gestos, y hasta su voz.

—Es como yo—dijo Marta.—Cuando era niña, oía decir: “Es tía Dida clavada”. La pobre señora está hoy en las Tulettes; nunca tuvo muy firme la cabeza... Con la edad, yo me he tornado más

tranquila, se me ha compuesto la salud; pero recuerdo que a los veinte años no era muy robusta; tenía vértigos, ideas extravagantes... Aun me río cuando pienso en lo extraña chicuela que era.

—¿Y su marido de usted?

—¡Oh! El ha salido a su padre, un oficial de sombrerero, de naturaleza equilibrada y metódica... Nos parecemos de rostro, pero por dentro éramos distintos... A la larga nos hemos vuelto parecidísimos. ¡Estábamos tan tranquilos, en nuestros almacenes de Marsella! Allí pasé quince años que me enseñaron a ser feliz, en mi casa, en medio de mis hijos.

El Padre Faujas, cada vez que la inducía a hablar de este asunto, percibía en ella una ligera amargura. Seguramente era feliz, como decía, pero el cura creía adivinar antiguos combates en aquella naturaleza nerviosa, apaciguada al aproximarse a los cuarenta. Y se imaginaba aquel drama, aquella mujer y aquel marido, parecidos de rostro, a quienes todos sus conocidos juzgaban el uno para el otro, en tanto que, en el fondo de su ser, la levadura de la bastardía, la riña de sangres mezcladas y sublevadas siempre, irritaban el antagonismo de dos temperamentos diferentes. Después se explicaba los desgastes fatales de una vida reglamentada, el uso de los caracteres por los cotidianos cuidados del comercio, el aletargamiento de las dos naturalezas en aquella fortuna ganada en quince años y comida modestamente en el fondo de un barrio desierto de ciudad pequeña. Hoy, por más que fuesen aún jóvenes los dos, no parecía quedar en ellos más que ceniza. El cura trató hábilmente de saber si Marta estaba resignada. La encontraba muy razonable.

—No—decía ella.—Me gusta mi casa; mis hi-

jos me bastan. Nunca he sido muy alegre. Me aburría un poco; habría necesitado una ocupación de espíritu que no he encontrado... Pero ¿para qué? Quizá me hubiera roto la cabeza... No podía ni siquiera leer una novela sin tener jaquecas espantosas; por espacio de tres noches me bailaban en la cabeza todos los personajes. Lo único que no me ha cansado nunca es la costura. Me quedo en casa para evitar esos ruidos de la calle, esos chismes, esas tonterías que me fatigan.

Deteníase a veces, y miraba a Deseada dormida sobre la mesa, sonriendo en sueños con su sonrisa inocente.

—¡Pobre niña!—murmuraba.—Ni siquiera puede coser; en seguida le dan vértigos... No le gustan más que los animales. Cuando va un mes a casa de su nodriza, vive en el corral y me vuelve con las mejillas coloradas, llenas de salud.

Y volvía a hablar con frecuencia de las Tulettes, con sordo temor a la locura. El Padre Faujas sintió también un extraño miedo, en el fondo de aquella casa tan sosegada. Seguramente Marta amaba a su marido con buena amistad; pero su afecto tenía algo de temor a las chanzas de Mouret, a sus chinchorrerías continuas. También le ofendía su egoísmo, el abandono en que él la dejaba; le guardaba cierto rencor vago por aquella paz que había hecho en torno de ella, por aquella felicidad de que se sentía dichosa. Cuando hablaba de su marido repetía:

—Es muy bueno para nosotros... Debe usted de oírle gritar algunas veces; es que le gusta el orden en todo, muchas veces hasta llegar a la ridiculez, ¿sabe usted? Se incomoda por una maceita mal colocada en el jardín, por un juguete que anda por el suelo... Por otra parte, hace muy bien

en hacer lo que se le antoja. Ya sé que no le pueden ver, porque ha reunido algún dinero, y porque, de cuando en cuando, continúa haciendo buenos negocios, burlándose de los chismes... También le dan bromas por causa mía. Dicen que es avaro, que me guarda en casa, que me niega hasta unas botinas... No es verdad. Yo soy absolutamente libre. Claro que prefiere encontrarme aquí, cuando llega, en lugar de saber que estoy callejeando, paseándome o haciendo visitas. Además, él sabe mis gustos. ¿Qué voy a buscar fuera de casa?

Cuando defendía a Mouret contra los enredos de Plassans, ponía en sus palabras una vivacidad súbita, como si sintiera la necesidad de defenderle también de las acusaciones secretas que subían de ella misma; y volvía con inquietud nerviosa a aquella vida de fuera. Parecía refugiarse en el estrecho comedor, en el viejo jardín de grandes bojés, asaltada por el temor a lo desconocido, dudando de sus fuerzas, temiendo alguna catástrofe. Después sonreía por este espanto infantil, se encogía de hombros y volvía lentamente a hacer calceta o a remendar alguna camisa vieja. Entonces, el Padre Faujas no tenía delante más que una burguesa fría, de tez reposada, de ojos pálidos, que ponía en la casa un olor de ropa limpia y de ramo cogido a la sombra.

Así transcurrieron dos meses. El Padre Faujas y su madre habían penetrado en las costumbres de los Mouret. Por la noche, cada cual tenía su puesto señalado alrededor de la mesa; la lámpara estaba en el mismo sitio, las mismas palabras de los jugadores caían en los mismos silencios, en las mismas palabras dulcificadas del cura y de Marta. Mouret, cuando madame Faujas no le ha-

bía derrotado ignominiosamente, hallaba a sus inquilinos "muy decentes".

Toda su curiosidad de burgués desocupado se había calmado con los desvelos de las partidas nocturnas; ya no espiaba al cura, diciendo que ya le conocía, y que le tenía por un excelente hombre.

—¡Déjenme en paz!—gritaba a los que atacaban al Padre Faujas delante de él.—Siempre están ustedes con enredos, cuando tan fácil es explicar sencillamente las cosas... ¡Qué diablo! Yo lo conozco al dedillo... Me hace el obsequio de bajar a pasar las veladas con nosotros... ¡Ah! Como no es hombre que se prodigue, comprendo que no le quieran y que le acusen de altivez.

Mouret gozaba por ser el único en Plassans que pudiera jactarse de conocer al Padre Faujas; hasta abusaba un poquito de esta ventaja. Cada vez que se topaba con madame Rougon, triunfaba y le daba a entender que le había robado a su invitado. La dama se contentaba con sonreír astutamente. Entre sus íntimos, Mouret llevaba más allá las confidencias; murmuraba que esos demonstres de curas no pueden hacer nada del mismo modo que los demás hombres; entonces contaba detallitos, la manera como el cura bebía, cómo hablaba a las mujeres, cómo tenía las rodillas separadas sin cruzar nunca las piernas; ligeras anécdotas en las que ponía su inquieto sobresalto de librepensador frente a aquella misteriosa sotana que caía hasta los talones de su inquilino.

Velada tras velada, habían llegado hasta los primeros días de Abril. En sus conversaciones, parecía que el Padre Faujas evitara cuidadosamente hablar de la religión con Marta. Esta le había dicho una vez alegremente:

—No, señor cura, no soy devota; no voy con frecuencia a la iglesia... ¿Qué quiere usted? En Marsella estaba siempre ocupadísima; ahora me da pereza salir... Además, debo confesárselo, no me han educado con ideas religiosas... Mi madre decía que Dios iba a nuestra casa.

El cura se había inclinado sin responder, queriendo dar a entender con esto que prefería no hablar del asunto en aquellas circunstancias. No obstante, una noche, dibujó el cuadro del inesperado socorro que las almas que padecen hallan en la religión. Se trataba de una pobre mujer a quien toda clase de reveses acababa de impulsar al suicidio.

—Ha hecho mal en desesperarse—dijo el cura con profunda voz.—Sin duda ignoraban los consuelos de la plegaria. Muchas veces he visto llegar a nosotros personas llorosas, desgarradas, y se iban con una resignación inútilmente buscada en otra parte, con la alegría de vivir. Es que se habían probado el goce de humillarse en un rincón extraviado de la iglesia. Volvían y lo olvidaban todo. Eran ya de Dios.

Marta había escuchado pensativa estas palabras, las últimas de las cuales se perdieron lánguidamente en un acento de felicidad sobrehumana.

—Sí, debe de ser una dicha—murmuró como hablándose a sí misma.—Muchas veces lo he pensado, pero siempre he tenido miedo.

El cura no hablaba sino muy raras veces de tales asuntos; en cambio, con frecuencia hablaba de la caridad. Marta era buenísima; las lágrimas se asomaban a sus ojos al oír contar el menor infortunio. El parecía complacerse en verla temblando de compasión; cada noche contaba alguna historia conmovedora, y la destrozaba con una

compasión continua que le hacía abandonarse. Marta dejaba caer la labor, juntaba las manos, con el rostro impregnado de dolor, en tanto que el cura entraba en desconsoladores detalles sobre los seres que se mueren de hambre, sobre los desgraciados a quienes la miseria impulsa a las malas acciones. Entonces Marta le pertenecía, y hubiera hecho de ella lo que se hubiese querido. Y a menudo, en el otro lado de la mesa, estallaba una disputa entre Mouret y madame Faujas, sobre un acuse mal anunciado o una carta mal tirada.

Hacia mediados de Febrero fué cuando una deplorabile aventura consternó a Plassans. Se descubrió que una colección de muchachas muy jóvenes, casi niñas, se habían entregado a la corrupción pilleando por las calles; y el asunto no sólo estaba entre muchachos de la misma edad, sino que se decía que iban a verse comprometidos graves personajes. Por espacio de ocho días, Marta se sintió conmovida por el suceso, que armó el gran escándalo; conocía a algunas de las desgraciadas, a una rubilla a quien había acariciado a menudo y que era sobrina de su cocinera Rosa; no podía pensar en la pobre niña—decía,—sin sentir un escalofrío por todo el cuerpo.

—Es una vergüenza—le dijo una noche el Padre Faujas,—que no haya en Plassans una casa de caridad como la de Besançon.

Y, a preguntas de Marta, le dijo lo que era aquel establecimiento. Se trataba de una especie de asilo para hijas de obreros, desde los ocho a los quince años, a quienes los padres, al ir al trabajo, se ven obligados a dejar solas en casa. Durante el día, las empleaban en trabajos de costura; después, por la noche, las devolvían a sus padres, cuando éstos regresaban a sus casas. De esta manera, las

pobres niñas crecían lejos del vicio, en medio de los mejores ejemplos. Marta halló muy generosa la idea. Poco a poco, llegó a dominarla hasta tal punto que no hablaba más que de la necesidad de crear en Plassans una casa semejante.

—Se pondría bajo la advocación de la Virgen —insinuaba el Padre Faujas.— ¡Pero cuántas dificultades hay que vencer! No sabe usted el trabajo que cuesta la buena obra más sencilla. Sería preciso, para salir bien de semejante empresa, un corazón maternal, ardiente, abnegadísimo.

Marta bajaba la cabeza, y miraba a Descada dormida a su lado, sintiendo las lágrimas al borde de sus párpados. Se informaba de los pasos que había que dar, de los gastos del establecimiento, del presupuesto anual.

—¿Quiere usted ayudarme?—preguntó una noche al cura.

El Padre Faujas, gravemente, le tomó una mano, que conservó entre las suyas un instante, murmurando que tenía una de las almas más hermosas que había visto. Aceptaba, pero contaba en absoluto con ella; él podía muy poco. Ella sería la que hallase en la ciudad señoras que formaran una junta, la que reuniera suscripciones, la que se encargara, en una palabra, de los detalles tan delicados y laboriosos de una llamada a la caridad pública. Y le dió una cita, al día siguiente, en San Saturnino, para ponerla en relación con el arquitecto de la diócesis, que podría informarle de los gastos mucho mejor que él.

Aquella noche, al acostarse, Mouret estaba contentísimo. No había dejado ganar ni una partida a madame Faujas.

—Muy feliz pareces, hija mía—dijo a su mujer.

—¿Eh? ¿Has visto cómo le he ganado? La vieja estaba enfadadísima.

Y como Marta sacara de un armario un vestido de seda, el marido le preguntó con sorpresa si pensaba salir al día siguiente. Abajo no había oído nada.

—Sí—respondió ella,—tengo que hacer; me he citado en la iglesia con el Padre Faujas, para cosas que ya te diré.

Mouret se quedó plantado ante ella, estupefacto, mirándola, para ver si se estaba burlando de él. Después, sin incomodarse y con tono chocarrero:

—¡Toma, toma!—murmuró.—No había yo previsto esto. Ahora te da por los solideos...